

## **Las voces de la carretera**

No conducía de noche desde aquel accidente, sin embargo, mi jefe me dijo que debía llevar a Zaragoza unos papeles, así que no tuve otra opción.

La carretera estaba vacía. Solo el rugido del motor y el viento inclemente que golpeaba el parabrisas me acompañaban. No se apreciaba la luna, ni las estrellas, la oscuridad parecía tragarse cada metro que las luces del coche dejaban atrás. De repente, vi una sombra abalanzarse sobre mí, pude frenar a tiempo, pero estuve cerca de llevármelo por delante. Era un hombre de complexión delgada, tal vez de unos 25 o 30 años, me dio dos toques en la ventanilla para llamar mi atención, yo, sin poder vislumbrar su rostro debido a la oscuridad, la bajé con desconfianza, él empezó a hablar con un tono de voz tembloroso: "Disculpa por abalanzarme. Pensaba que me había visto, -Algo que era imposible, lo que me hizo desconfiar más aún- voy a Belchite. Supongo que le pillas de camino. ¿Podría acercarme?" Su voz era molesta, hueca y ahogada, no por el susto, sino como si hablara bajo el agua. Hacía grandes pausas entre sus palabras, como si meditara cada frase. Eso me inquietó más de lo que ya estaba. La verdad es que sí estaba en medio del trayecto hacia mi destino, pero no me gustaba la idea de ir con un extraño que vagaba solo en la noche por la carretera. Sin embargo, su insistencia finalmente me convenció: "Está bien. Trata de hablar lo menos posible.", le repliqué contundentemente.

En cuanto el transeúnte se montó, volví a arrancar el motor, había algo que no me cuadraba en el sonido, no rugía como normalmente: gemía intermitentemente. Como si algo o alguien se quejara desde dentro. No obstante, el coche arrancó, así que no le dí más importancia.

– "¿Cómo te llamas?" - exclamó de repente, lo que hizo que diera un pequeño salto del asiento.

– "David" - respondí sin más preámbulo, no le pregunté por su nombre porque realmente no me importaba.

Tras el breve intercambio de palabras, el silencio abrupto invadió el viaje. La carretera estaba totalmente oscura, solo tenía una vista pobre del frente gracias a los faros. Los cuales parpadeaban como ojos cansados, sin embargo, era ya muy tarde. Nadie pasaría por allí. Aunque había un detalle que me inquietaba, entre los parpadeos había un pequeño intervalo de oscuridad total... en esos parpadeos de oscuridad, juraría que alguien caminaba junto al coche. Pero eran ya las cinco de la mañana, y decidí culpar al sueño. Supongo que porque era mejor que aceptar lo otro.

El hombre no decía nada. Permanecía inmóvil en el asiento del copiloto. En el espejo retrovisor apenas podía distinguir su silueta.

Solo cuando giraba en alguna curva o pasaba por un bache, notaba un leve movimiento, como si su cuerpo se deslizara. Ese movimiento era comparable a un objeto que se balancea tras un giro brusco, lo que me causó algo de curiosidad, sin embargo, valoraba más el silencio que la respuesta.

De pronto, empecé a notar un olor extraño. No era sudor ni gasolina. Era metálico, denso... como si algo sangrara cerca. Mire por los retrovisores por si de casualidad podía encontrar la

fuelle de ese insoportable olor y, mientras volví la cabeza hacia el retrovisor del copiloto, lo ví sonreír. Una sonrisa muy amplia y torcida, como si estuviera dirigida a mí, y casi sobrenaturalmente, esa imagen desapareció en cuanto parpadeé.

El silencio, aunque tranquilo, pesaba mucho más debido a la inmensa oscuridad. Encendí la radio para intentar distraerme. Entre el ruido estático que sonaba mientras intentaba cambiar de cadena, se coló una voz.

No eran palabras, eran quejidos agonizantes. Tras varios segundos de ese insoportable ruido, sonó un grito de desesperación y cesó, empezando un podcast llamado "Cuarto Milenio", el cual me dio escalofríos de oír, así que lo apagué poco después.

Me giré hacia él; seguía inmovil, con la cabeza levemente inclinada hacia la ventanilla. Creí que dormía, pero la inquietud me obligó a hablar.

– "¿Has oído eso? - pregunté... sin perder la atención de la carretera.

– "Nada" - respondió rotundamente, su voz sonaba agónica, incluso más distorsionada que antes.

Justo después del silencio, empecé a escuchar susurros ininteligibles. Sonaban a mi lado y mis temblores se acrecentaban.

Pisé el acelerador con fuerza, solo quería que este infierno acabara ya.

Durante los siguientes minutos, el ambiente dentro del coche se volvió insoportable, como si cada kilómetro me sumergiera más en el inframundo. Me faltaba el aire, cada ruido era como un golpe tajante: el crujido del asiento, el viento golpeando contra el parabrisas.

Entonces, entre ese cúmulo de sensaciones que estaba viviendo, escuché una voz aguda, pero ajada por los años. Parecía una mujer ya bastante mayor. No formulaba palabras, solo quejidos, tales como los de la radio. Pero no provenían de ahí, si no del maletero.

Frené en seco. El coche se tambaleó un poco.

Me giré abruptamente para ver si había dejado el móvil en el asiento trasero y estaba sonando, pero estaba totalmente vacío.

Sentí mi corazón salir del pecho.

– "¿¡No lo oyes!?" - grité desesperadamente al hombre.

Ni siquiera obtuve respuesta, simplemente se giró hacia mí e hizo el mismo gesto que ví cuando giré la cabeza para ver el retrovisor. Una sonrisa de oreja a oreja que solo aumentaba mi paranoia.

Salí del coche respirando con dificultad, necesitaba respirar profundamente durante unos segundos, pero debí tomarme más tiempo. Cuando me giré hacia la ventanilla, no había nadie en el coche.

– "¿Estás ahí?" - grité, pero en lugar de obtener respuesta, todos los sonidos que oía antes cesaron. Me sentí apabullado. Con rapidez volví al asiento del conductor y aceleré lo más rápido que pude.

Estaba esperanzado por la mínima posibilidad de poder al fin estar solo, pero cuando me giré, me di cuenta que el hombre estaba en el asiento de atrás. Ni siquiera le hablé, pensé que se habría cambiado de sitio en el intervalo en el que tomé un poco de aire y se quedó dormido cuando pregunté.

El aroma a sangre de antes volvió al coche, pero ahora se sentía dentro, como si fuera un pasajero más. No supe cómo actuar, simplemente aceleré todo lo que pude para llegar a Belchite lo antes posible.

La oscuridad no cesaba, era como si el tiempo no avanzara, solo estábamos yo, los sonidos y la carretera. No sabía si lo que oía y veía intermitentemente era simplemente síntoma de mi falta de sueño o algo más. Intenté mantenerme indiferente ante los susurros que oía de la carretera, pensé que sería el viento golpeando con fuerza.

No obstante, mi intento de tranquilidad cesó en el momento en el que escuché las interferencias de la radio, no la había encendido, y el hombre supuestamente estaba en el asiento de atrás. Intenté apagar la radio, pero mis intentos fueron en vano. Entre los ruidos que producían las interferencias, oí la misma voz que oía antes en el maletero, intentaba formular una palabra.

- "Da... Da... Da..."

No lograba pasar de la primera sílaba, me sentía abrumado, ni siquiera me atrevía a mirar por el retrovisor.

Miré de reojo el reloj, y el tiempo no avanzó desde que recogí a aquel hombre, eran las 5 de la mañana exactas.

El camino no terminaba, y el tiempo parecía haberse detenido, me sentía en un bucle interminable.

Me esforcé por mirar el asiento de atrás, sin embargo, no había nada ni nadie. Al volverme, tenía un dolor punzante en el pecho que solo se agravó cuando ví el rostro de aquel hombre, en el retrovisor, sonriendo. Pero algo había cambiado. Había rejuvenecido... era un niño, su rostro me era absurdamente familiar.

Nuevamente, oí aquella voz, pero ahora con una claridad inconfundible, era un grito de pánico absoluto llamándome:

– "¡David!".

Una notificación de mi teléfono me hizo dar un salto de mi asiento, la ví de reojo, era un mensaje de mi madre, más concretamente un mensaje de voz. Lo abrí con las manos temblorosas, y era la misma voz que me estaba atormentando desde que aquel hombre se montó en el coche. Ahora estaba llorando, pero solo formulaba mi nombre.

Ví la foto que me había enviado mi madre: el mismo rostro que el de aquel hombre. Ahora era inexpresivo, tenía los ojos cerrados, sin sonrisa. Una gota de sudor frío cayó por mi frente, me fijé de nuevo en la imagen... y sabía cuál era el destino que me esperaba. Aquel hombre no era un desconocido. Era mi hermano, su imagen me había estado atormentando desde *el accidente*.

Y aquella carretera, desde el principio, solo me había estado devolviendo el camino que nunca debí abandonar... y ahora sabía que jamás saldría de él. Estaba encerrado en un bucle de culpa y oscuridad que nunca cesaría.

Fin.

Marcos Z. Sánchez.